

doradas mazorecas, colgando de las altas cañas de los maizales que las alfombraban.

Era Tlaxcala la bella sultana descansando en su delicioso harem, rodeada de hechiceras servidoras que velaban su reposo, y le enviaban los frutos mas delicados de la naturaleza (1). Pero no siempre podian librarle de sinsabores y de penas. La vecindad de las mismas montañas que la hacian poderosa y fuerte, era no pocas veces perjudicial y temible. Motivando espantosas tempestades y destructores huracanes, los campos se veian muchas veces destruidos por la potente fuerza de las aguas, arrastrando en su impetuosa corriente el rio Zahuatl, al salir de cauce por las inundaciones, las sementeras y las casas que se hallaban á sus orillas.

El temor á los sensibles males que reconocian su origen en las causas indicadas, y el verse privados de todo comercio con las demás naciones, porque los emperadores mejicanos se habian propuesto que nada entrase en la república enemiga, hacia que los tlaxcaltecas se dedicasen con ahinco á la agricultura, que les proporcionaba el alimento preciso y robustecia sus cuerpos. Las aves que cazaban, el maíz, el pimiento y la alubia, eran sus alimentos. Pero estaban precisados á comerlos sin sal, desde los primeros reyes mejicanos que prohibieron que sus vasallos y pueblos conquistados les proporcionasen aquel necesario artículo.

(1) Hoy esa suntuosa capital de la antigua república de Tlaxcala que llamó justamente la atencion de los soldados españoles y de su afortunado caudillo, apenas cuenta con tres mil quinientos habitantes.

El terreno de la república no contaba con ninguna salina, ni con sitio alguno que produjese la sal usada por los indios (1).

Pero todo lo habian soportado con heróica abnegacion los tlaxcaltecas por su amor á su independenciam, sirviendo sus mismas privaciones para avivar mas y mas el odio contra los monarcas mejicanos que les habian reducido á vivir aislados de todo comercio con los demás señoríos. Cercados por todas partes de pueblos obedientes á la corona de Méjico, sin poder salir de las fronteras para proporcionarse, por medio de cambio ó de compra, los renglones precisos; obligados á vestirse pobremente, pues no produciendo algodón su frio suelo, los hijos de aquella belicosa república se habian propuesto perecer de necesidad antes que dejarse subyugar de la nacion mejicana.

Este amor á su independenciam, por la cual habian hecho siempre admirables sacrificios, lo presentaban á los españoles como prueba de que los recibian como á hermanos, pues de otra manera nunca hubieran celebrado alianza y amistad con ellos.

El ejército castellano se veia obsequiado y atendido de una manera franca, leal y generosa. La buena fé y la sincera alegría se destacaban en todos los actos y demostraciones de los habitantes de la república. Sin embargo, Hernan Cortés no descuidaba ninguna de las precauciones

(1) La sal que usaban y usan los indios se llama *tequesquit*. Es un salitre que se coge á flor de tierra, de color blanco ceniciento. Los mejicanos hacian un gran comercio de la referida sal en Ixtapaluca y en Ixtapalapa, que significa pueblos donde se coge sal ó ixtatl.

de seguridad para libertar á su ejército de una sorpresa, y seguía situando sus centinelas y guardias, como si se hallase en campaña y al frente del enemigo.

La severa disciplina que el jefe español obligaba á observar teniendo en continua vigilancia al soldado, le pareció innecesaria al capitán encargado de nombrar los corredores de campo y tener cuidado de los puntos importantes. Viendo retratada la lealtad en todos los actos de los tlaxcaltecas, le dijo, delante de otros oficiales, que en su concepto no era menester tomar las precauciones que se tomaban, puesto que claramente se veía la buena fé con que habian celebrado la paz. «Bien veo lo que decís—contestó Cortés;—pero no porque sean buenos debemos dejar de estar apercebidos contra cualquier caso inesperado. La falta de vigilancia ha sido la causa de la derrota de muchos generales. Somos pocos, y los enviados de Moctezuma nos han dicho que desconfiemos. No puedo creer en la deslealtad de los tlaxcaltecas; pero la prudencia dicta que estemos siempre alerta» (1).

No pasaron desapercibidas á los jefes de la república las precauciones del general español. Sensibles á la desconfianza que juzgaban traslucir en ellas, se presentaron á él, manifestando la pena que les causaba ver que se ponía duda en la sinceridad de sus promesas. Cortés les aseguró, con agradables palabras, que no envolvía desconfianza ninguna la colocacion de centinelas y guardias; que veía en ellos la franqueza, y que si seguía observando la conducta que en campaña, era por cumplir con lo que

(1) Bernal Diaz.

ordenaba la ordenanza militar de su país. La respuesta satisfizo al senado, que se manifestó altamente complacido. La disciplina observada por el jefe español les sedujo, y aun indicó uno de los senadores que seria conveniente introducirla en el ejército de la república.

Las demostraciones de aprecio entre tlaxcaltecas y españoles eran cada dia mas señaladas. Nada faltaba á los segundos, merced á la hospitalidad de los primeros. Ni unos ni otros tenían oro; pero tenían sentimientos nobles que, estableciendo una buena amistad entre ellos, superaba en precio á los mas ricos metales de la tierra.

Los senadores de la república, queriendo dar la prueba mas inequívoca de adhesion á Hernán Cortés y á sus soldados, resolvieron patentizarla con un acto que arguyese de una manera incontestable en pro de la sinceridad de su afecto. Presentaron al jefe español, como era costumbre en aquellos países, algunas bellas vírgenes, hijas de distinguidos caciques, para que él y sus principales capitanes las recibiesen por mujeres. Eran cinco, de singular belleza, entre las cuales descollaba la hija del anciano Jicotencatl, que era la destinada para el general castellano. Hernán Cortés se manifestó agradecido á la prueba inequívoca de aprecio de los gobernantes tlaxcaltecas; dijo que las recibía con notable satisfaccion; pero les suplicó que permaneciesen al lado de sus padres hasta que abrazasen la religion católica, pues no podían admitir por mujer á ninguna que profesase la idolatría. Queriendo aprovechar la oportunidad que se le presentaba de atraer á los caciques al cristianismo, suplicó al padre Olmedo, que se hallaba presente, les demostrase las excelencias del cató-

licismo. El virtuoso mercedario les explicó, por medio de Aguilar y de Marina que estaban ya diestros en los puntos religiosos que se tocaban, lo que mas conveniente juzgó al fin propuesto, tratando de iluminar, con la luz de la verdad, la senda del bien, apartándoles de la poligamia y de los sacrificios humanos. La prédica fué escuchada con atencion y respeto. La homilía terminó pidiéndoles que abandonasen sus sanguinarios ídolos y abrazasen el cristianismo.

El anciano Jicotencatl, que manifestaba un profundo aprecio al jefe castellano, contestó, con afectuoso acento, que bien creian que el Dios de los españoles debia ser sumamente poderoso y bueno; pero que no por esto debian abandonar á las divinidades que sus antepasados adoraron, honrándolas con sacrificios humanos. Dijo que cuando hubiese transcurrido algun tiempo y conociesen la religion que se les proponia, la abrazarian si la encontraban, como creian, buena; pero que, entre tanto, no se volviese á insistir sobre un punto que afectaba á la nacion entera, porque antes se dejarian matar que ser contrarios á sus dioses.

Hernan Cortés, cuyo celo religioso era extremado; que se exaltaba fácilmente con la oposicion, y que juzgaba como deber sagrado perder la vida por la propagacion de la fé, hubiera querido proceder de la manera misma que en Cempoala, derribando los ídolos; pero el padre Olmedo, con la prudencia que le distinguia, detuvo su celo imprudente, que hubiera podido provocar un conflicto. Sabio y reflexivo, le hizo ver que nada se ganaria para el catolicismo con derribar los ídolos de los altares, mientras éxis-

tiese en el corazon la creencia en ellos. Dijo que para hacer fructífera la semilla del Evangelio, era preciso limpiar primero, cuidadosamente, el terreno en que debia depositarse, y terminó indicando que la violencia, lejos de dar resultados benéficos, podria convertir en contrarios á los que eran ya amigos, poniendo en peligro la vida del ejército y quitando toda esperanza á la predicacion del cristianismo. Las razones expuestas por el digno misionero y apoyadas por Pedro de Alvarado, Velazquez de Leon, Francisco de Lugo y otros principales capitanes, parecieron sólidas y bien fundadas al jefe español, que desistió, aunque con pena, á la expulsion de los ídolos.

Nada prueba de una manera mas concluyente que Cortés procedia impulsado por la fé en el establecimiento del cristianismo, y de manera ninguna por hipocresía, para que le sirviese de elemento de dominio, como han asegurado algunos escritores extranjeros, como su deseo en plantearlo en aquel instante en Tlaxcala. Acababa de probar lo temible que era aquella nacion en la guerra; conocia que sin su cooperacion era imposible su marcha á Méjico, y estaba convencido de que, perdida su amistad, el país entero por donde habia atravesado se levantaria para impedirle la retirada, pereciendo sin remedio entre los ejércitos de Tlaxcala y del emperador Moctezuma. Era imposible, por lo mismo, que tratase de exponer todo lo adquirido por una idea que no naciese de una profunda conviccion. Para poner en peligro lo ganado á costa de inmensos sacrificios y levantar obstáculos á su marcha á Méjico, objeto principal de su empresa y bello ideal que siempre acarició dulcemente, preciso era obrar con el co-

razon y no con la política, puesto que ésta aconsejaba lo contrario.

Su celo religioso estuvo á punto de hacer fracasar su empresa desde Cempoala. Puede creerse, al verle olvidarse de sus sueños de conquista por establecer en los pueblos que ocupaba la doctrina del Crucificado, que hubiera recibido con gusto la muerte por la causa del cristianismo.

Acatando los consejos del ilustrado padre Olmedo, en quien concurrían las brillantes dotes del verdadero apóstol, Hernan Cortés contuvo sus impulsos.

Una cosa digna de llamar la atención se repetía en cada ciudad idólatra á donde el ejército español llegaba. El celo excesivamente religioso y arrebatado de Cortés, dispuesto á atropellarlo todo por la plantación inmediata de la cruz, y el verdaderamente evangélico del prudente padre Fray Bartolomé de Olmedo. El soldado, manifestándose intransigente: el monje, amonestándole á la tolerancia y oponiéndose á las medidas violentas y precipitadas. El guerrero, dispuesto á atropellarlo todo por hacer abrazar el cristianismo: el sacerdote, templando su ardor religioso, aconsejándole esperar á que la mano del tiempo y la santidad de la doctrina interesasen el corazón y alumbraran el entendimiento, medios únicos recomendados por el Salvador, pues solo por la convicción podían ser seguras y permanentes las conquistas del alma.

El padre Olmedo era el tipo perfecto del sacerdote católico, tal cual lo fueron los primeros Apóstoles de la Iglesia. Ardiendo en el santo fuego de la caridad cristiana, procuraba apartar del error á los que gemían en la idolatría por medio de la dulce predicación; pero suave y

progresivamente, sin violencia, tratando de persuadirles por la comparación de la moral de una doctrina con la otra. Era uno de esos benéficos misioneros que en los primeros tiempos de la conquista pasaron al Nuevo Mundo para contener la impetuosidad del guerrero, moderando sus impulsos; evitar en lo posible la crueldad de los combates; convertir el triunfo de la cruz en provecho de los vencidos, conteniendo el brazo de los vencedores, y hacer de conquistadores y conquistados un pueblo de hermanos, con iguales derechos á su cariño y á su amor.

Hernan Cortés, respetando á su consejero apostólico, se ciñó á indicar á los respetables senadores que se le concediese uno de los templos para dedicarlo á su Dios. La proposición, lejos de encontrar obstáculos, fué aceptada con gusto por el senado. No dudando que el Dios de los intrépidos extranjeros debía ser magnánimo y altamente poderoso, no titubearon en admitirlo entre sus divinidades, obrando así de la manera misma que los antiguos griegos y romanos, que admitían entre sus dioses los de los demás países. El politeísmo era muy común entre las naciones paganas, dispuestas siempre á recibir nuevas deidades sin abandonar por esto las suyas.

Concedido el teocalli para el culto católico, se procedió á limpiarlo; se quitaron los ídolos ensangrentados que en él había, y sobre sus altares se colocó la cruz y la imagen de la Virgen con el Niño Jesús en brazos. Diariamente se celebraba el santo sacrificio de la misa, al cual asistía el ejército entero y no poca parte de los cempoaltecas. Los habitantes de Tlaxcala miraban con respeto aquellas ceremonias en que veían humillarse á los extraordinarios

hombres que juzgaban invencibles, y aunque no comprendían el misterio que encerraban, sentían una secreta veneración hácia ellas.

Viendo Hernan Cortés el respeto que hácia las ceremonias cristianas manifestaba la poblacion entera, y queriendo evitar que se continuase vertiendo sangre humana en los altares de los ídolos, ya que no le fué dable proscribir éstos, se propuso alcanzarlo por medio de la súplica. Centenares de jaulas de madera, llenas unas de indios y otras de indias destinados para el sacrificio, se encontraban cerca de los templos. Las desdichadas víctimas, que esperaban allí el día de la fiesta en que debían morir, eran alimentadas cuidadosamente á fin de que se hallasen robustas y gordas al ser ofrecidas á sus dioses. Hernan Cortés, alentado con el distinguido aprecio que le manifestaban los jefes de la república, les suplicó, en nombre de la sincera amistad que les unía, que no se continuase sacrificando ningun sér humano, y que le permitiesen poner en libertad á los que se encontraban presos en las jaulas para ser sacrificados.

La súplica de Cortés fué escuchada atentamente. El anciano Jicotencatl, que profesaba un profundo cariño al jefe español, y que no veía en aquella concesion nada que ofendiese á la religion de sus mayores, manifestó á sus colegas su buena disposicion, y el deseo de Cortés fué obsequiado.

Sin pérdida de momento dió orden á sus soldados para que sacasen á los presos de sus encierros, y las jaulas fueron desbaratadas en el acto. Las agradecidas víctimas, llenas de alegría, pero temiendo que de nuevo las condujesen sus

sacerdotes á la prision, se refugiaron en el cuartel de los españoles, de donde no querían salir (1).

Así el celo de Cortés por las máximas del Evangelio produjo un resultado ventajoso en pro de la humanidad, aumentando el número de agradecidos, sin disminuir en lo mas mínimo el aprecio de los amigos.

Admitido el Dios de los cristianos, las cinco hijas de los caciques fueron instruidas en la religion católica y bautizadas, para que fuesen admitidas por los oficiales españoles á quienes estaban destinadas. A la hija del anciano Jicotencatl, hermana del bravo general que se habia distinguido en la campaña, se le puso el nombre de doña Luisa. El venerable senador la habia destinado á Hernan Cortés; pero el jefe español, que era casado, la tomó de la mano y se la dió á Pedro de Alvarado, diciendo á Jicotencatl que aquel á quien la cedía era su hermano y su capitán, hombre que la trataría como correspondia al nacimiento de la jóven. Jicotencatl se manifestó satisfecho, prendado de la gallarda presencia del favorecido, aunque difícilmente podía distinguirle, por hallarse casi ciego á causa de su avanzada edad. Era Pedro de Alvarado jóven de noble figura, bien formado, ágil, de genio festivo y

(1) «Y diré cómo hallamos en este pueblo de Tlaxcala casas de madera hechas de redes, y llenas de indios é indias que tenían dentro encarcelados é á cebo hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar; las cuales cárceles las quebramos y deshicimos para que se fuesen los presos que en ellas estaban, y los tristes indios no osaban de ir á cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros, y así escaparon las vidas.»—Bernal Diaz del castillo. *Historia de la Conquista*.